F
143

APERTURA

DE LA

UNIVERSIDAD

DE VALENCIA

en 1.º de Octubre de 1852.

5000138673
Bibl. General i Historica

D.

F
143 8

DISCURSO INAUGURAL

PRONUNCIADO

EL DIA PRIMERO DE OCTUBRE DE 1852

en la solemne apertura

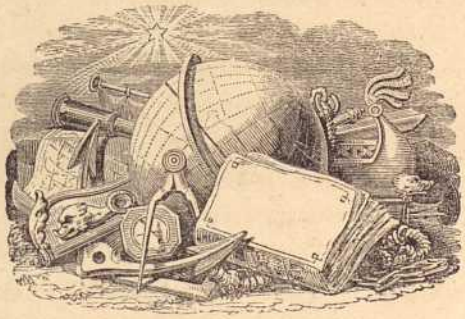
DE LA UNIVERSIDAD LITERARIA

DE VALENCIA

POR

D. José Romagosa y Gotzens,

Doctor en Medicina y Cirugia, Catedrático de Clínica quirúrgica.



IMPRENTA DE JOSÉ RIUS,

CALLE DEL MILAGRO.

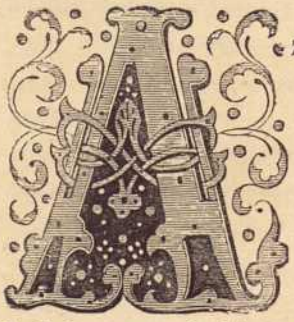
UNIVERSITAT DE VALÈNCIA
BIBLIOTECA HISTÒRICA

Dokis 1138642
2 673

R.91.865

SEÑORES:

«Omnis sapientia à Domino Deo est.»



ZORADOS todavía nuestros ánimos y sobrecogidos del pavor que infunde una guerra fratricida, vemos aun las nubes de polvo que levantan los aguerridos escuadrones, suenan en nuestros oidos el espantoso eco de los instrumentos bélicos, el estruendo de las armas, los himnos del vencedor y los lamentos del vencido. Vemos marchar al suplicio la inocente víctima, á quien no pueden salvar ni los gemidos del anciano padre,

ni los sollozos de la casta esposa, ni las lágrimas del tierno niño. Por todas partes el hambre, el llanto, el desconsuelo, la desolacion y las ruinas. Testigos nuestros valles y nuestros montes, que aun retumban con el estampido del cañon; testigos nuestros rios, que envolvieron en sus rápidas corrientes armas, caballos y ginetes denodados; testigos los campos regados con la sangre humeante de nuestros hermanos, cuyos huesos insepultos crujen bajo las pavorosas plantas del labrador, que los arranca con la reja del arado. Hierve aun la sangre en las venas agitadas. Pisamos el fuego oculto debajo de engañosas cenizas. Ya no se alberga la inocencia bajo el humoso techo de cabaña humilde; las frescas rosas del candor no hermosean ya las megillas del jóven y del anciano. A la sencilla mesa y al modesto trage sustituyéronse las ricas telas y los báquicos escesos del sonoro y espléndido festin. Ante la humilde choza se levanta el soberbio palacio. Enciéndese la insaciable sed del oro y del peligroso mando. Hierven mil ideas en la mente agitada y codiciosa, y en los diferentes pueblos se proclaman nombres y principios los mas opuestos.

En este desacuerdo general, en esta lucha espantosa de pasiones y sentimientos encontrados, recobra por fin la razon su perdido imperio, siente el hombre un vacio inmenso que solo puede llenar la bondad inagotable de Dios omnipotente. Separando los ojos de esta pobre, baja y mezquina tierra, los elevamos hoy á las sublimes moradas del Señor, á quien habíamos olvidado en nuestro delirio. Resuenan nuestras oraciones en las bóvedas de los templos: los sagrados altares se perfuman con nuestro incienso:

la voz divina confirma al pie del ara la igualdad de los grandes y pequeños, que ante la ley proclama el mundo.

Dulce religion, iris de paz, luz de las ciencias, yo te saludo. Tú conquistaste la Italia y la Grecia con la moral, tú subyugaste los bárbaros de las Galias y de la Germania con la caridad, tú embotaste al pie de la cruz la terrible espada del sangriento Atila. Tú eres el seguro puerto, cuando las negras nubes nos envuelven, cuando las hinchadas olas amenazan sepultarnos en la espantosa tormenta.

¿Quereis saber cuán hermosa, cuán pura é inmaculada sea la religion en su orígen? Acompañad á Jesus desde Belén hasta el Gólgota, desde aquella dulcísima noche, en que brilló la estrella de oriente hasta el lóbrego y tenebroso dia, en que estremecida la tierra arrojó los muertos de los sepulcros. ¿Quereis saber lo que fue en tiempo de las primeras congregaciones? Trepad por las peñas del monte Colzim, descubrid la Tebaida cristiana, contemplad á los Pablos, Antonios y Pacomios, y con ellos á todos los padres del desierto tejiendo esteras y canastillos de palma en el fervor del estudio y de la oracion. Las yerbas agrestes fueron su alimento, sus goces el cilicio. Preguntadlo á las arenas que los vieron, á las cavernas que los albergaron, y á las cruces y á las campanillas que lanzaron al través del desierto aquel sonido religioso que interrumpia de vez en cuando el rugido de los leones. ¿Quereis saber lo que fue en la edad media, en aquella edad de la infancia y de la pubertad del mundo moderno? Figuraos en la religion una noble y casta matrona, tutora y madre de las razas jóvenes y vigorosas

que se esparcieron sobre las ruinas del imperio romano. ¿Quereis saber lo que es hoy? Medid la fuerza con que va circulando la fe por las venas del cuerpo social. Descuella la religion santa como el robusto cedro del Líbano entre los abrojos y cizaña que germinaron en todos tiempos. ¡Ved cuán sublime es la que nos trasmitieron nuestros padres!

Sin embargo, en este siglo de contrastes y anomalías, egemplo vivo de las vicisitudes humanas, renuévase una antigua lucha sostenida por dos opuestos bandos. Pretenden unos que la religion es una rémora al progreso de las ciencias; al paso que otros miran á éstas con mal ojo y las designan como enemigas de las verdades reveladas. Propóngome por lo mismo demostrar hoy la alianza y estrecho lazo que une las ciencias divinas y las humanas, ó lo que es lo mismo, la concordancia de las tradiciones bíblicas con los hechos descubiertos y ordenados por el hombre. Procuraré hacerlo, no con la latitud que merece un asunto tan grave y trascendental, sino con la brevedad y concision que reclama el poco tiempo de que podemos disponer.

M. I. S. Rector, dignos Catedráticos, y cuantos asistis á esta solemnidad atraidos del amor á los buenos estudios, jamás participasteis del vano é infundado recelo que ha cundido con motivo de los ataques dirigidos á los libros santos en nombre de la ciencia. De todo se ha abusado, Señores, desde lo mas profano hasta lo mas sagrado. Y en verdad las ciencias no son deudoras de los desaciertos cometidos por hombres que las invocan; así como el cielo no es responsable de las iniquidades cometidas en su santo nombre. Las ciencias humanas no pueden estar en contradic-

cion con las divinas. Si las dulces y purísimas aguas del saber llegan á nosotros por distintos canales, una es la fuente de donde manan, uno el sagrado depósito que se conserva limpio y trasparente junto al trono del Señor como el hermoso mar del Apocalipsis. Si el insensato para calmar el ardor de su febril locura se ha precipitado en las claras corrientes, si las ha enturbiado, si con ellas ha querido amasar el polvo de sus pasiones fabricando ladrillos para levantar una nueva torre de Babel, desde donde insulte al cielo, compadecedle. Las mismas aguas que, al parecer, besan y halagan blandamente la débil base de tan deleznable obra, la irán corroyendo y desgastando hasta hacer inevitable y estrepitosa su caida.

Si el libro del naturalista prueba la verdad del Génesis de Moisés, y la espantosa catástrofe del diluvio universal, y presenta al género humano descendiente de un padre único, ¿diráse que las ciencias son contrarias á la religion? No, ciertamente; pues consta cuán enlazados están aquellos hechos con el profundo arcano del pecado original y el glorioso y venerando misterio de nuestra redencion.

Echemos un velo sobre las debilidades de la inteligencia y del corazon humano, entreguemos al olvido sus aberraciones al querer penetrar en el orígen de las cosas. Humillémonos ante la inmensa sabiduría de Moisés, cuya cosmogonía es el resúmen mas sucinto de todos los grandes hechos geológicos. Al poner órden en la confusion de las cosas crea el vehículo por cuyo medio se desarrollan los fenómenos del calor y de la luz llevando la vida á todos los séres; reune en ciertos grupos los elementos dispersos en el espacio ó

firmamento; establece centros de atraccion, luminares á cuyo alrededor pudiesen gravitar las masas segun leyes fijas. Esto se halla en términos breves, pero inteligibles para todos en los primeros versículos de Moisés. ¿Qué cosa puede haber mas natural ni mas conforme con la ciencia de nuestros dias?

Sin embargo, se preguntó: ¿cómo pudo Dios criar la luz el dia primero y el sol el dia cuarto? ¡El sarcasmo, la nauseabunda sátira y el estúpido epígrama han usurpado el imperio venerando de la ciencia!... ¿Quién desconoce las oscilaciones del éter y los agentes que le escitan? ¿quién ignora las silenciosas tempestades magnéticas, representadas en las bellas auroras boreales? ¿quién no ha visto de noche los inmensos campos del océano bañados de luciente fuego, y en cada chispa un sér viviente? Omito por pequeñas las luciérnagas de nuestros campos, y los mil portaluces naturales y otros que lo son por distintos motivos. Paso en silencio las sales que se hacen luminosas por la elevacion de temperatura, y el aire y el agua que desprenden luz por la compresion, y el fuego que puso Dios en nuestras manos para hacerla brillar con mayor belleza que en otras muchas combinaciones químicas. ¿En todos estos casos procede la luz del sol? Digamos, pues, con el sagrado historiador, que Dios omnipotente crió la luz el dia primero y el sol el dia cuarto.

Hallamos en el eterno libro del Génesis un egemplo admirable de combinaciones orgánicas sucesivas. Establece primero la vida de nutricion que se refleja en las plantas y zoófitos. Sigue á ésta la de relacion señalada con la sensibi-

lidad, el instinto, la inteligencia y la voluntad en varios grados. Esta nueva vida empieza á vislumbrarse primero en los peces y reptiles, despues en las aves, adquiere un nuevo desarrollo en los mamíferos, y por fin llega al mas alto grado en el hombre, que recibe un alma á imágen de Dios, terminando de este modo la obra del Omnipotente. Este es el órden que establece el sagrado historiador.

¿Quereis convenceros de la exactitud de sus asertos? Navegad los mares cambrianos, silúricos, peneos, jurásicos y cretáceos. Examinad todas las capas terrestres desde las rocas de fusion ígnea hasta los aluviones antiguos y modernos. Interrogad á los restos orgánicos sepultados en los sedimentos de las diferentes edades. Registrad aquellos archivos incorruptibles de la naturaleza, y hallareis los preciosos documentos, las hermosas medallas mas duraderas que el oro y el bronce, acuñadas para celebrar los grandes dias de la creacion. Ved la tierra árida en los productos plutónicos. Contemplad en los depósitos mas antiguos los helechos arborescentes, las cicadeas, anulárias y calamitas, las equisetáceas, los altísimos y elegantes lepidodendros con sus tallos adornados de pezoncitos romboidales, sin olvidar las coníferas tan parecidas á nuestras hermosas araucárias. Observad la bella conservacion de sus partes mas delicadas y la limpieza con que las hojas se hallan impresas sobre los esquistos y arcillas que las envuelven. Ved como las raices penetran por las grietas del suelo calcáreo inferior. Si esto no os basta, teneis las gruesas capas de antracita, que manifiesta la gran fuerza de vegetacion lozana, verdadero alimento que muy de antemano preparó la divina Providen-

cia para los animales que mas tarde debian poblar los aires y la superficie de la tierra.

Los depósitos mas antiguos nos ofrecen el primer eslabon que une la vida vegetal á la vida animal en los variados poliperos, cateníporas, ciatofilos, y elegantísimos crinoides, llamados por su forma palmeras de los mares. Siguen á estos las preciosas conchas de moluscos, entre los cuales descuella el hermoso *argonauta*, bogando con su barquilla armada de velas y de remos. Allí ostentan su poder los célebres crustáceos trilobitos.

En los terrenos devonianos y en el calcáreo carbonífero se halla representada la edad embionária del reino de los peces. Los ganoideos de formas raras ostentan el esmalte que barniza el hueso ó el cartilago de sus escamas romboidales. Los placoideos careciendo de ellas presentan su piel áspera ó herizada de espinas y de ganchos. En aquel dia aparecen los dipterianos, los robustos sauroideos, y los voraces cestraciontes é hybodontes representando á los escualos. Hallamos los despojos fósiles de los reptiles en los terrenos peneos, que siguen en el órden de superposicion.

Las aves, cuya creacion coloca el Génesis en la misma época, pero en segundo lugar, han dejado impresas sus patas en el grés rojo; y despues de atravesar el terreno jurásico dominado por los espantosos ictiosáuros, plesiosáuros y pterodáctilos, las volvemos á hallar en los esquistos negros de Glaris y en la creta de Maidstone. Al propio tiempo aparecen por primera vez los peces homocercos, los ctenoideos y cicloideos conformes con la mayoría de los que hoy habitan nuestros mares.

Por fin, desde la época eocena hasta las tierras del diluvio aparecen los mamíferos, entre los cuales admiramos al carnívoro *anficion;* los pesados *megaterios,* y sus afines los robustos *milodontes;* como tambien los *anoploterios, mastodontes* y *paleotérios* entre los paquidermos; y los *dinoterios* entre los cetáceos, con otros géneros que ya no existen.

Los restos humanos no se manifiestan en ninguna de las capas que han sido levantadas del seno de las aguas. Necesario es llegar á los terrenos superficiales; de donde se sigue que como término y corona de la creacion apareció el hombre, dominador de los peces del mar, de las aves del cielo y de los animales de la tierra.... ¿Notais la concordancia del libro sagrado con el libro del naturalista?... Toda ciencia procede de lo alto, ya se nos comunique por revelacion, ya reflejen en nuestra mente los destellos soberanos de la faz luminosa del Señor.

Pasemos al diluvio universal. Aun sin el ausilio de la revelacion creyera yo en el diluvio al contemplar los soberbios monumentos que para eterna memoria levantó la magestad del Señor, mas sólidos que las pirámides de los Faraones, y mas duraderos que los arcos que fabricara el orgullo de los romanos. Veo los Alpes, testigos irrecusables de aquella espantosa catástrofe. Veo grandes accidentes de erosion, de que son incapaces nuestros rios, á cuya altura no pueden alcanzar y cuya estension no pueden cubrir. Observo el pulimento de ciertas rocas, y estrías y profundos surcos en las pendientes escarpadas de muchos montes, no solo en el nuevo sino tambien en el antiguo mundo; y en

todas ellas descubro el violento roce de cuerpos duros arrastrados por las inmensas corrientes de las aguas. Admiro los bancos de conchas finas é intactas, al paso que hallo montones de las mismas y materias rodadas como impelidas por enormes fuerzas y hechas pedazos al chocar en las duras rocas. Quedo sorprendido al recorrer con el pensamiento las llanuras de Westfalia, Prusia, Polonia y Lituania, en donde los enormes peñascos *erráticos* se hallan esparcidos á millares, ó agrupados en filas hasta el Báltico. Pasando en seguida á la Suecia, Finlandia y la Laponia se ven coronando las cúspides de sus montañas. Los hallamos en los Pirineos, en los Vosgues, en Inglaterra, en los Estados-Unidos, en las Indias. ¿Cómo han ido atravesando valles y mares á la maravillosa distancia de dos y trescientas leguas de las rocas maternales? ¿Cómo han llegado al Jura suizo procedentes de los Alpes los enormes bloques erráticos, ora fracturados en mil pedazos, ora conservándose íntegros en posiciones de equilibrio las mas increibles y caprichosas? ¿Cómo han subido á la altura de 600 y 800 metros atravesando uno de los valles mas anchos y mas profundos del mundo? Indudablemente ó fueron despedidos á lo alto por una fuerza interior cayendo luego, ó fueron arrastrados por las impetuosas corrientes de los mares, ó bien trasladados á inmensas distancias, nadando sobre las aguas engastados en los témpanos de hielo, como sucede en las regiones de los polos.

En los terrenos estratificados del diluvio que por lo comun son depósitos de limo mezclados con arena y cantos rodados y margas calcáreas, se hallan tambien antiguas *turbas;* y paréceme ver en ellas los numerosos vegetales

arrancados y envueltos en el torbellino de las aguas, y semicarbonizados despues en ellas.

No solo las tierras y las plantas, sino tambien los animales, demuestran la existencia del diluvio. En las arenas consolidadas por los hielos perpétuos de la Siberia están sepultados conservando sus carnes y su pelo los elefantes y rinocerontes de las Indias confundidos con ciervos y caballos. Las cavernas de Alemania é Inglaterra contienen los restos de hienas y leones, que pertenecen á la zona tórrida. En los depósitos recientes de Sicilia vemos las conchas que hoy viven en el mar del norte: en los de Escocia se hallan fósiles cuyo conjunto solo puede compararse hoy á las faunas de Islandia y Groenlandia, cuyos trastornos no deben atribuirse al cambio de temperatura, sino á la revolucion general y cataclística del diluvio.

Ved las brechas óseas, esos depósitos de arcilla ferruginosa y arena, que ligadas por un cimento calcáreo envuelven los bloques y huesos fracturados y conchas fluviátiles y marinas. ¿No descubris en ellas la accion de las grandes corrientes, que arrastrando aquellos pesados cuerpos los depositaron en las hendiduras de las rocas?

En las pendientes escarpadas de las montañas y en el fondo de los valles descubro las cavernas óseas, adornadas de estalagmitas, verdaderas columnas de aquellos panteones subterráneos. Sus bases confundiéndose insensiblemente convierten el pavimento en ancha losa, que oculta íntegros ó fracturados entre arcillas y cantos rodadizos los huesos del hombre y de varias especies de animales.

Habeis notado la sencilléz con que he espuesto los he-

chos y mis convicciones; que mi lenguage humilde no se ha dirigido al corazon; que solo he hablado á la inteligencia. Decidme ahora, ¿desconoceis lo universal y lo impetuoso del diluvio? ¿Es esto una fábula oriental? No me detendré en refutar objeciones pueriles, teorías absurdas. Demostrada está la verdad de tan espantoso trastorno. Solo quisiera saber esplicar el fenómeno: si no lo consigo, me cabrá la gloria de haberlo intentado. Lejos de las tinieblas de los tiempos fabulosos y de la antigüedad profana, libre de los funestos ensueños del siglo XVIII, me acercaré con respetuoso paso al santuario del Señor, escuchando las bellas inspiraciones, los armoniosos acentos del célebre cantor de Israel. En los sublimes rasgos de su valiente poesía, paréceme hallar descrito el sencillo mecanismo de que se valió el Omnipotente en el terrible dia de su cólera. Mas si al traducir el sagrado cántico, si al andar á ciegas y á tino junto á la luz soberana me desviara de la buena senda, dócil á la voz divina retrocederé gustoso volviendo al punto de mi partida. Oid el hermoso salmo 103. «Bendice, alma mia, al Señor: Señor Dios mio te has engrandecido poderosamente. De gloria y de hermosura te has vestido; cubierto de lumbre como de un ropage; que estiendes el cielo como un pabellon: que cubres con aguas sus mas altos lugares. Que pones nube por tu subida: que andas sobre las alas de los vientos. Que haces á tus ángeles *espíritus y á tus ministros fuego quemador*. Que cimentaste la tierra sobre su propia estabilidad: no se ladeará por siglo de siglo. El abismo la cubre como un vestido. Sobre los montes estarán las aguas: á tu amenaza huirán, á la voz de tu trueno te-

merán. *Suben los montes y descienden los campos al lugar que les señalaste.* Término las pusiste que no traspasarán, ni volverán á cubrir la tierra." Veo aquí, señores, las aguas del diluvio sobre los montes; oigo la palabra de Dios cuando promete no volver á inundar la tierra, leo la teoría de los levantamientos, descubro el fuego central del globo y los espíritus ó fuerzas elásticas que luchan contra la corteza. Hé aquí la base de nuestra ciencia geológica: hé aquí esplicado el mecanismo de todas las inundaciones parciales, y los sencillos medios de que pudo valerse el Omnipotente en la terrible y espantosa catástrofe del diluvio universal. El fuego interior es el ministro, los espíritus ó flúidos elásticos luchando contra la superficie del globo, dan por resultado el levantamiento de los mares y el hundimiento de las tierras. De este modo *rómpense las fuentes del grande abismo;* pues faltando los diques y barreras á las aguas, se derraman éstas con grande ímpetu buscando un nuevo lecho: los lagos se vierten sobre los campos vecinos: los rios se detienen en sus cauces; y *abiertas las cataratas del cielo*, una lluvia abundante mezcla las aguas superiores é inferiores, quedando la tierra como convertida en su primitivo caos.... ¡Cuál luce en la sencilléz la magestad de Dios omnipotente!... Si Moisés y David no fueron inspirados (cosa que es inadmisible) superó su ciencia á la de todos los sabios juntos que han existido desde su lejana época hasta los Cuvieres y Beaumonts del siglo XIX....

En el dia ya no se duda de la existencia y del poder del fuego central; por lo mismo no os hablaré de la separacion de Calpe y Abila simbolizada en la fábula de Hércules, ni

del hundimiento de la Atlántida consignada en las tradiciones de los egipcios, ni del temblor que, segun Plinio, separó la Italia de la Sicilia, la isla de Chipre de la Siria, la Eubea de la Beocia; nada diré de las grietas y profundas simas donde se enterraron pueblos enteros, elevados montes, vastas é inmensas campiñas; ni de los volcanes que levantan islas de lavas, ó sepultan ciudades como Pompeya y Herculano: no os recordaré los levantamientos y depresiones lentas y progresivas, ni las violentas é instantáneas que nos cuentan las historias y las que vemos en nuestros dias. Para no abusar de vuestra atencion benévola solo citaré en representacion de los demás el levantamiento que observó el sabio Humboldt en Mechoacan, cerca de Ario. Despues de dos meses de temblor de tierra, en medio de una llanura sembrada de cañas de azúcar y de añil regadas por dos arroyos, durante la noche levantóse la tierra, formando una enorme giba de 160 metros de altura.... ¡Qué sorpresa y qué pavor en el ánimo de los espectadores!... Aparecen en seguida millares de pequeños conos humeantes, y en medio de ellos se alzan de repente seis grandes terromonteros. El mas alto, llamado *Jorullo*, tenia mas de 500 metros por encima de los llanos. Corrian por sus lados arroyos de hervientes lavas.

La accion del fuego central no se limita siempre á pequeños espacios; se propaga tambien á enormes distancias. Recordad el terremoto tristemente célebre de 1755 que por su estension pudiera decirse que fue un remedo de las fuerzas que produjeron el diluvio. Sintiéronse sus estragos desde la Laponia hasta la Martinica, desde Groenlandia

hasta el Africa, alcanzando en un solo momento la Europa entera. Nuestra península conserva la memoria de aquel espantoso dia en las desgracias de Lisboa y en la consternacion de Cádiz. Los habitantes de esta hermosa ciudad vieron con asombro retroceder el mar para embestirlos en seguida, amenazando sepultarlos en sus gigantescas olas, que se levantaron 72 pies sobre su nivel ordinario.

¿No os sentis poseidos de un religioso pavor al comprender que ahora mismo pudiera deprimirse esta hermosa vega y ser presa de los mares, ó elevarse sobre el anfiteatro de estos montes, ó abrirse en profundas simas, dando paso al fuego, que arde en el corazon de la tierra? Ved como las ciencias nos advierten que *no sabemos el dia ni la hora;* y que envueltos en humo y llamas pudiéramos representar al vivo la lastimosa tragedia de Coré, Dathan y Abyron, que tanto se ha ridiculizado en nuestros dias. ¡Loor á las ciencias! ¡Himnos de gloria á las hijas del alto cielo!

Ellas no solo nos confirman aquellas verdades eternas, sino que descorriendo el túpido pabellon, que cobija nuestra cuna, descubren allí el cariño de una madre y el apoyo de un padre único. En las razas solo ven las formas de una especie, que siendo fecunda en sus enlaces, revela que son nuestros hermanos el mogol, el danés y el pobre negro. Ellas nos dicen que es idéntica en todos los hombres la estructura íntima de su cuerpo. Ellas nos enseñan los profundos cámbios que producen los climas, las emanaciones, los vientos, el género de vida, el grado de cultura y las

enfermedades esporádicas y endémicas. Ellas nos manifiestan cómo por la generacion se trasmiten las bellezas, las imperfecciones, las monstruosidades, el temperamento, la idiosincrásia y las dolencias hereditárias. Ellas certifican que una vez impreso un carácter permanece casi indeleble. ¡Qué mucho, pues, que hallemos en la série de las generaciones tantas variedades en los hombres, si se hallan colocados miles de años bajo el influjo poderoso de causas tan diversas y opuestas! No miremos, pues, las formas de los cráneos, ni la disposicion de los cabellos, ni la variedad de matices como signo distintivo de una especie.

Si en una misma familia se observan los estremos del rubio y del moreno; si no existe raza humana desde la mas blanca hasta la mas oscura, que deje de contar en su seno individuos albinos; si la anatomía demuestra que la piel de todos los hombres es idéntica, y que el cuerpo mucoso de Malpigio solo es la superficie interna de la epidermis, busquemos la coloracion en los agentes de la naturaleza. Ennegrécese la piel bajo el ardiente cielo de la zona tórrida; la hermosa luz de las regiones templadas la tiñe de un blanco sonrosado. Desde el polo hasta la línea vemos las gradaciones de matices en los daneses, los españoles, los italianos, los moros y los negros. Blanca y endeble es la delicada dama, robusta y morena la laboriosa campesina. Blanco el habitante de las altas montañas, moreno ó negro el hombre de los valles. Notad el singular contraste que forman los negros árabes del bajo Nilo con los indios *blancos*, que vemos con sorpresa en las tierras altas y en los helados montes de Hymalaya. Los israelitas, unidos fuertemente

como pueblo, y separados en este sentido del resto de las naciones, conservan al través de los siglos la original fisonomía de Abraham; sin embargo su cuerpo presenta todos los matices, desde el blanco sonrosado hasta el negro de azabache. Es, pues, evidente que el color de la piel en el transcurso de las generaciones procede de la diferente vibracion de los rayos del sol, segun las latitudes, la esposicion y la altura de los pueblos.

Ni la variedad de cráneos supone la pluralidad de orígenes. A tres clases se reducen las variedades del cráneo humano, y sin embargo se hallan muchas gradaciones y diversas formas en individuos de una misma raza, siendo muy difícil hallar dos enteramente semejantes. ¡Tan cierto es que toda especie animal ó vegetal describe cierto círculo de variaciones en virtud de leyes orgánicas! ¡Cuán grandes cámbios en el cráneo induce la cultura ó la barbarie de los pueblos! La primera eleva su tipo; la segunda le deprime. Visitad el Asia oriental y hallareis allí los turcos, que conservando las costumbres nómadas, representan en su cráneo el tipo mongol; mientras que los miembros de la misma familia ostentan el tipo oval en Europa y en el Asia del occidente. Trasladaos á las fértiles llanuras del Danubio, donde admirareis el hermoso cráneo de la nobleza húngara, descendiente de los antiguos magyares, tribu de los mongoles. Ved como el mahometismo ha elevado los tipos en el Africa central y oriental, en tanto que le conservan prismático los míseros hotentotes del sur. ¿Os recordaré egemplos de degradacion? Vedlos en las cabezas de los americanos comparadas con las que se hallaron en el se-

pulcro de sus mayores. Notad el descenso de la forma piramidal á la prismática en las tribus que hoy pueblan la Malasia, la Austrália y la Polinesia. Los mejores observadores demuestran que la miseria, la ignorancia, el vicio y el crímen en la série de las generaciones han estampado por fin sus huellas sobre la desgraciada hez de las grandes ciudades. Por tanto, las formas cranianas no arguyen diversidad de orígen: prueban tan solo el influjo que egerce el conjunto de circunstancias múltiples, que se comprenden bajo el nombre de civilizacion.

Por otra parte la masa herizada y tupida que cubre la cabeza del negro es, anatómicamente hablando, idéntica á la lisa y larga cabellera que ostentan los bellos hijos del Cáucaso. Estudiemos la influencia de las latitudes y de la elevacion de los paises en el cámbio que sufre el pelo de los animales, en la modificacion de sus formas y estatura, en la alteracion de color, en la densidad de la piel, en las orejas, en las espansiones córneas, en el hocico, en el tejido adiposo. Egemplos tenemos en nuestras ovejas merinas trasladadas por los ingleses con gran detrimento suyo á las islas del mar del Sur. Ved cuánto ha cambiado la descendencia de los animales que llevó á la América el inmortal Cristóval Colon. Notad además el cámbio de carácter ó la diferente manifestacion de sus instintos. La analogía nos autoriza á prever iguales resultados en la organizacion humana. ¿Nada indica la baja estatura del lapon, nada los labios y carrillos que se hinchan con el sol de la ardiente zona, nada la prolongacion de las ninfas y las almohadas grasientas que cubren el sacro de las pobres hotentotas?

Con razon se dijo que para conocer al hombre debemos estudiar el mundo. En su cuerpo y en su mente relléjase la belleza de un cielo azul y el aspecto sombrío de una atmósfera nebulosa; la feracidad de los verdes prados y la aridéz de una tierra ingrata; la lozanía de los bosques vírgenes, y la aspereza de los montes; la dulzura de las brisas y el espanto de los huracanes.

El lenguage, rico don de la Divinidad, fiel intérprete de las generaciones pasadas, nos revela que hubo un tiempo en que la tierra fue habitada por una sola familia y que *era de un solo labio*. Derívanse todos los idiomas del sanscrito, del hebreo y del chino; y aun éstos tienen de comun ciertos elementos esenciales que descubren su unidad originaria. Desaparece, pues, la denominacion de lenguas madres é hijas, dado que todas son hermanas, como los hombres que las hablan.

En apoyo de un comun orígen tenemos la ciencia mas antigua del mundo. Los conocimientos astronómicos son idénticos en todos los pueblos: unos mismos los signos de zodíaco en los paises mas lejanos; y las divisiones y períodos adoptados como base de tradiciones y de épocas religiosas.

¿No os admira esa concordancia de los afectos morales en los hombres de todos los tiempos y de todos los climas? ¿No descubris el gérmen de los grandes principios psycológicos, que son el mas bello distintivo de la especie humana? En su mente están grabadas con limpieza las ideas del bien y del mal, la belleza de la bondad y el sentimiento del pudor, el respeto á la ancianidad, la fe y la veneracion de los

antiguos proverbios, el dogma de la inmortalidad del alma y el conocimiento de Dios. Se dirá: ¿cómo pudieron tener idea de la Divinidad los que adoraron objetos toscos y groseros, y hasta los animales inmundos? No quiero disimularlo, antes me detendré en ello á riesgo de ser prolijo, confiando en vuestra ilustracion é indulgencia.

El magestuoso espectáculo de la naturaleza, el brillo deslumbrador del sol, el claro fulgor de la luna en la noche apacible, el cielo con su estrellado manto, la bravura del océano, la amenidad de los campos, los bienes que guarda la tierra en su pródigo seno fueron objeto de constantes meditaciones en aquellos lejanos tiempos. Concibieron que el sol era el principio fecundante, que compararon al macho, provisto todo de fuego; la tierra fecundada, hembra, manantial de humedad; el vehículo era la luna que recibe los gérmenes del sol en su fecundo seno. ¿No descubris en esta alegoría la idea dominante de que en el cielo reside el supremo poder y el orígen de las cosas; que todo procede de aquellas hermosas moradas de la luz? Esta soberana idea descuella en los primeros homenages que se tributaron al sol ya le considerasen como un Dios ó como el agente material de una Divinidad oculta y desconocida. A esta creencia sin velo ni misterio sucedió la creencia emblemática. Las obscenas imágenes del *lingam* y del *yoni*, del *phallus* y del *cteis* son el símbolo y el misterio de este pensamiento religioso. Los doce dioses y diosas de la Grecia, y Pan con la flauta de siete agujeros figurando el sistema planetario, representan la misma idea bajo distinta forma. ¿No dareis la misma significacion á la Isis y Osiris del Egipto? Isis con un manto bordado de

estrellas y en su pecho una multitud de mamas en señal de fecundidad. ¿Qué significa el obsceno Priapo de los romanos sino la fuerza fecundante del sol? El leon provisto de materia ígnea y el buey destinado á arar la tierra, fueron venerados como emblema de aquel astro. La serpiente, como símbolo del principio ígneo que reside en el éter, es venerada en todo el antiguo mundo. El perro sagrado del Egipto es el emblema de la inundacion periódica del Nilo, que por la divina Providencia fertiliza los campos bajo la constelacion de Sirio ó can celeste. El ibis representa la luna. Hasta los vegetales y sus variados frutos fueron empleados como símbolos de la fecunda y próvida naturaleza. Los emblemas del sol son la acacia y el lotus de los rios del Oriente. No nos detengamos en las formas estravagantes de estas imágenes. Rasguemos el misterioso velo que las cubre. ¿Pudieron los hombres borrar de su pecho y de su mente aquel profundo sello, que con lumbre viva imprimiera el refulgente rostro del Señor (1)? ¿Diriais que los antiguos creian en la existencia de animales derramados en los inmensos espacios del éter, porque los veis pintados en su zodíaco? Son símbolos que representan el influjo del sol, y las producciones de la tierra durante el período á que se refieren. Del mismo modo los emblemas religiosos de la antigüedad atestiguan la creencia universal en el poder de Dios bajo alegorías materiales, bajo formas toscas y groseras. Ellas nos revelan al propio tiempo que la razon degradada y oscurecida por la primera culpa, an-

(1) Signatum est super nos lumen vultûs tui Domine.

duvo de escollo en escollo, confundiendo con frecuencia lo mundano con lo celeste, los efectos con las causas, las sombras con las realidades.

¿Qué diremos de la significacion simbólica de los colores y de los números sagrados que emplearon en las cosmogonias, en las leyendas, en las litúrgias y en la arquitectura de los templos? La unidad es el emblema del sér mas santo, del principio increado del universo. El número dos pertenece á la materia divisible é inerte: es el signo de los contrastes, de la lucha, del trastorno y de la confusion. El número tres es el atributo material del Criador; es la causa, el medio y el resultado de la vida universal. Combinando de diferente modo estos números, representaban muchos misterios sagrados. ¿Puede pintarse mejor la grandeza de Dios? ¿Puede espresarse con mas claridad que es «una lucha continua la vida del hombre sobre la tierra (1)?"

¿Por qué labraron en las duras rocas los templos subterráneos que representan las divisiones del universo en los climas, los elementos, el zodíaco, los equinoccios, los solsticios y la escala sagrada de los planetas? Porque consideraron el mundo como templo de Dios: esto quisieron significar.

No puedo pasar en silencio un sistema ingenioso y poético de los indios: la armonía de las esferas celestes colocadas á distancias musicales. Su rotacion en las órbitas producia los sonidos melodiosos que son el resultado de las leyes

(1) Militia est vita hominis super terram.

divinas, y del órden que reina en los cielos. Solo podian percibirlos los espíritus mas puros de las altas regiones. ¡Qué de grandezas no se ocultan bajo el misterioso velo de tan bella alegoría! Los sacerdotes del paganismo figuraron aquel armonioso concierto en los himnos que cantaban durante los sacrificios.

Las danzas sagradas de las varias religiones son una representacion de las danzas y alegría de las esferas que en su ardiente imaginacion concibieron los primeros hombres. ¿Podremos comprender su verdadero sentido al través de tantos siglos y en medio de la babilónica confusion de lenguas? ¿Qué significan aquellas armonías y aquellas danzas de las esferas? Me atrevo á decir que son una traduccion libre de nuestros poemas sagrados. «Los cielos cantan la gloria de Dios, y el firmamento anuncia las obras de sus manos (1).»

El dogma de la inmortalidad del alma, esa fe vaga en que el espíritu no ha de encerrarse bajo la misma losa, que cubre el cuerpo; ese sentimiento innato se halla espresado en las grutas de Maabdeh, en las catacumbas de Tebas y de Roma, en los templos de Philæ y de Debod, en la necrópolis de Memfis, en las pirámides de Anahuac y del Egipto, en los colosales monumentos de la Polinesia, y en los infinitos túmulos que levantaron los hombres de todos los siglos y de todos los pueblos. ¿Qué significan las ceremonias fúnebres en las pagodas de Brahma, en las mezquitas de Mahoma y en los templos del cristiano? ¿Qué el

(1) Cœli enarrant gloriam Dei, et opera manuum ejus enuntiat firmamentum.

poder de los pontífices como medianeros entre Dios y los hombres en las playas del mar rojo, en las orillas del caudaloso Brahm-putra y en las márgenes del Tiber? ¿Qué las peregrinaciones ánuas al sepulcro de los profetas ó de los santos? Esto prueba la creencia universal de que el alma no ha de corromperse en el osario; y que hay una justicia distributiva, que traspasa los límites sombríos de la tumba.

Las tradiciones, eco del mundo primitivo, concuerdan admirablemente aunque se hallen dentro de grupos fantásticos y heterogéneos. Todos los pueblos nos hablan de una edad de oro y conservan los recuerdos de un mundo mejor. El valiente pincel de los griegos bosqueja la primera culpa y la reparacion apetecida en el boceto de la jóven é inocente Pandora. Infringiendo el mandato, abre la caja de donde salieron todos los males, y queda en el fondo la *esperanza*. ¿Qué significa la fábula de Prometeo? Este temerario hijo de Japeto quiso arrancar del cielo la antorcha sagrada de la sabiduría para entregarla á las naciones. En castigo es amarrado á un peñasco, y aun cuando siente destrozadas sus entrañas, conserva en el fondo de su suplicio la *esperanza* de un libertador. La serpiente y una muger seducida y un reparador de la humanidad, son las creencias primitivas del género humano. En el Japon la serpiente está enroscada en un árbol, en la Escandinavia abraza al mundo inficionándole con su veneno, en la ignorada América acompaña á una muger y detrás de ella luchan sus dos hijos, en la India es un mónstruo mitad muger y mitad serpiente, y en la antigua Grecia de este mis-

mo mónstruo nace el buitre, que destroza las entrañas del desgraciado Prometeo.

Desde la caida del primer hombre todos los pueblos han creido en la necesidad de las expiaciones. Testigos las llamas de los cananeos, los holocaustos de los israelitas, el cordero primogénito de los griegos, y hasta los sacrificios humanos de los antiguos godos, de los crueles drúidas, y de los pacíficos megicanos. Los hijos son inmolados por sus padres en el Perú, en Tiro, en Cartago, en Egipto, en Grecia, en Roma. Estas terribles escenas, manchadas con la sangre de las víctimas inhumanamente sacrificadas en nombre del cielo, ponen de manifiesto cuán arraigada estaba la tradicion de un pecado general y la necesidad de las expiaciones.

¡Cuán grande es la correspondencia entre los errores de las diversas religiones y la verdad de una revelacion divina! Veo en el Tifon de los egipcios, en el Piton de los griegos, en el Ahrrimanes de los persas, en el Assur de los indios, el Satanás de los hebreos y de los cristianos. ¿Seria muy difícil hallar la semejanza de Noé con Saturno, de Júpiter con Cham, de Pluton con Sem, de Neptuno con Jafet? Descubro los constructores de la torre de Babel en los titanes que para escalar el cielo colocaron el monte Pelion sobre el osa.

Una mirada escrutadora descubre al través de la fábula su orígen y significacion primera. ¡Mas cuán sencilla y magestuosa aparece la narracion de Moisés al lado de las ridículas historias de los demás pueblos! Sin embargo, debemos considerarlas como hermosos destellos, que partiendo

de un foco único y radiante se amortiguan y desvian al través de las densas nubes que cubrieron á los hombres y á los siglos.

¿Dudaremos, pues, de la unidad física, intelectual y moral del género humano? Es evidente: todos somos hijos de un mismo padre.

Si las ciencias humanas prueban y confirman los grandes hechos consignados en los libros de Moisés, ¿con qué entusiasmo debemos abrazarlas, con qué veneracion servirlas! Es indudable: las verdaderas ciencias como emanadas de Dios nos conducen al mismo punto que la revelacion divina: ésta con la velocidad del rayo; aquellas con suma lentitud. La primera tiene senderos fáciles y seguros. Los caminos de aquellas son ásperos y difíciles, muchos los rodeos á que nos obligan las malezas y las breñas inaccesibles á la debilidad de nuestras escasas fuerzas. La oscuridad de la fria noche nos cubre y nos detiene hasta que un benigno rayo de luz soberana nos alumbra y concede divisar en lontananza el término apetecido. Por fin, place á la divina Providencia premiar nuestros afanes y desvelos.

Si es lícito parangonar lo grande con lo pequeño, convenceránse los que duden de mis asertos con una comparacion sencilla. Si os embarcaseis, les diria, en el mar de Tiberíades y partiendo de su estremo meridional en direccion á las fuentes del Jordan, vieseis al piadoso peregrino, que solo y á pie, animado de vuestros mismos deseos, sigue las playas y costas occidentales para santiguarse en las puras aguas de aquel sagrado rio; si á este hombre le vieseis desde alta mar, ¿creeriais que camina al mismo punto que vos-

otros? Dejándoos llevar de la ilusion del navegante que cree estar inmóvil, y que los montes y prados retroceden, os pareceria que el peregrino se dirige á Eliópolis ó á Memfis; ahora, diriais, ha entrado en los templos de Isis y de Amon, ahora está quemando incienso al gran dragon de Egipto, ahora está adorando al buey Apis como al mayor de los dioses. ¡Mas cuál seria vuestra mengua, si de improviso le hallaseis á vuestro lado, absorto en la oracion, y besando de hinojos las santas márgenes del Jordan!

Si tales, pues, son las ciencias, si tan dulcemente se hallan estrechadas con la religion santa, ¿podrá ésta desviarse de ellas? Oid á Salomon. «Hijo mio, di á la sabiduría, mi hermana eres tú; y llamarás amiga á la prudencia. Si os deleitais en los tronos y en los cetros, oh reyes de la tierra, amad la sabiduría para que sea duradero vuestro mando. Amad la luz de la sabiduría los que gobernais las naciones. La muchedumbre de sabios es la salud del orbe, y el rey sabio el apoyo de su pueblo." No solo debe entenderse de la ciencia de Dios, sino tambien de la de los hombres, la cual cultivan y ensalzan todos los Padres de la Iglesia. Oid á San Pablo en el Areopago de Atenas autorizando las verdades evangélicas con un hemístico griego del poeta Arato. «Nosotros somos hijos de Dios, y de él hemos nacido." Leed las sábias hipotíposis y estrómatas de San Clemente Alejandrino, y vereis el fruto que sacó de la lectura de los libros profanos. San Gregorio Taumaturgo elogia á su maestro Orígenes, y le dá gracias por haberle esplicado los antiguos poetas y filósofos. San Basilio el Grande es en su siglo el ardiente defensor de la filosofía y de la li-

teratura, y recomienda á la juventud cristiana los poemas de Homero. Para beber en los raudales de la ciencia de oriente se traslada á Bizancio, que florecia en oradores y filósofos; y de allí pasa á Atenas, asiento y domicilio de las letras, madre de todos los bienes como la llama San Gregorio Nacianceno. «No son las ciencias humanas insidiosas y peligrosas, no separan la mente de la consideracion divina, para merecer el desprecio de muchos cristianos en sus errados juicios....» Por lo cual, dice èste Padre en la oracion fúnebre de San Basilio, «no debemos condenar la erudicion porque así se les antoja á algunos hombres: antes bien debemos tener á éstos por necios y estúpidos; pues quisieran que todos los demás se les asemejasen, para que su ignorancia se ocultase debajo de la ignorancia comun, y nadie pudiese descubrir ni reprender su falta de educacion.»

A pesar de las públicas y enérgicas declamaciones de los Padres de la Iglesia, dicen algunos que la religion no necesita de las ciencias: ¿necesita acaso de la ignorancia? La religion santa del Señor se basta á sí misma sin ausilio ni apoyo estraño; pero las ciencias han sido siempre sus mas leales y adictas servidoras. Cuando á fines del siglo II los falsos dioses tenian aun sentado su vacilante olimpo en la cumbre del capitolio, ¿quién embotó la sangrienta cuchilla de la Roma imperial? La africana y varonil elocuencia de Tertuliano, logrando revocar el injusto decreto salpicado ya con la sangre de los mártires. ¿Cuáles fueron las armas mas terribles que esgrimió Juliano el Apóstata en su persecucion? No fueron la burla y la sátira, no el despojo de los

altares, no la sangrienta espada, sino el odioso edicto que prohibe á los cristianos recibir la instruccion que se daba en las escuelas. De este modo quiso ahogar su voz en medio de las renacientes pompas de la idolatría. De ahí se puede inferir el valor de la ciencia. Acaeció su muerte en las orillas del Eufrates, dispersas en vergonzosa fuga sus legiones cubiertas de luto. Aparece entonces en la ciudad de los Escipiones y de los mártires un jóven dálmata, futuro apóstol de la fe. Enriquecido con los tesoros de la ciencia y de la virtud visita los venerandos sepulcros de las catacumbas y á cada paso saluda las sagradas sombras con aquel sentido verso de Virgilio. «*¡Luctus ubique, pavor et plurima mortis imago!* Este jóven fue San Gerónimo, uno de los venerables Padres de la Iglesia de occidente, que supo hermanar las bellezas de la poesía profana y las tradiciones de la antigua elocuencia con el fervor del cristianismo. Notad cuán severo fue contra los detractores de las ciencias, mofándose de ellos en estos términos: «Toman la ignorancia por la santidad; y están muy ufanos porque así se creen verdaderos discípulos de los pobres pescadores que promulgaron el evangelio." Su ilustre amigo San Agustin, siguiendo sus mismas huellas, ensalza á los Ciprianos, Lactancios, Victorinos é Hilarios, porque se habian apropiado, segun la metáfora de aquellos tiempos, las riquezas de los egipcios para adornar el arca santa del Señor. Cuando las ciencias quedaron envueltas como el mundo en las tinieblas de la edad media, los monges cristianos salvaron los ricos tesoros de la sábia antigüedad en el sagrado recinto de los claustros. ¿Qué son las voluminosas obras de Santo Tomás

de Aquino, sino la enciclopedia del siglo XIII? Grande es el ardor con que defiende las ciencias humanas el piadoso San Bernardo, á quien consultan y á cuyo juicio se someten los obispos, los reyes y los pontífices. ¡Loor á este santo que, hermanando la erudicion con la caridad, combate el fanatismo del monge Raoul, salvando de este modo la vida á los indefensos judios!

Quede, pues, sentado que ni las sagradas letras, ni los santos Padres son hostiles á las ciencias humanas: antes las defienden como útiles y provechosas. Cese ya ese susurro y ese ingrato rumor que las insulta. Si Voltaire, Dupuy, Rouseau y Volney ofrecieron al siglo XVIII un don funesto, el acerbo fruto de la ciencia humana; sabeis que el árbol estaba plantado entonces en terreno árido y pedregoso. Jóven y raquítico, forzado del abono produjo mal de su grado punzantes espinas, marchitas flores, frutos miserables, que sin tiempo ni sazon cogidos fueron amargos y dañosos. ¡Mas cuán lozano se ostenta hoy el hermoso árbol de las ciencias humanas, arraigado en tierra fecunda juntos á las corrientes aguas! Gustad sus sabrosos frutos y percibireis la dulzura del paraiso, el aroma del cielo, el delicioso maná del pueblo santo de Israel. El venerable Wisseman las cultiva con esmero, y el pueblo católico va llenando sus enriquecidas trojes. El clero español no se duerme en el atrio del santuario, ni deja apagar sus lucientes lámparas. Conoce las proposiciones heréticas de los Arrianos, Donatistas, Pelasgianos y otras semejantes; mas entiende que vencidas en el campo de la ciencia y de la fe perdieron la gracia de la novedad, pertenecen á la historia, quedando sepultadas

en el polvo de las bibliotecas. Otras son las heregías reinantes, otras las armas que se esgrimen contra la religion santa. ESTUDIAD LAS CIENCIAS HUMANAS, APRENDEDLAS: esto paréceme oir que dice á los jóvenes que se dedican al servicio de los altares. ¡Ah!... ¡No se reproduzcan las tristes escenas de los tiempos de Lutero, en que la buena causa mal defendida fue perdiendo terreno y cundiendo el error! Por fortuna fue poco duradero aquel triunfo, así como no lo ha sido el de los nuevos Celsos del siglo XVIII. Sus sistemas han desaparecido como la niebla de la mañana ante el ardiente sol de las ciencias. Busquemos los caminos donde mora su luz en obsequio de la religion santa y de los mas caros intereses de la humanidad. No olvidemos las bellas letras que amenizan sus verdades y las perpetúan en los monumentos que resisten al ultrage de los tiempos. ¡Cuán dulce es oir en sabrosa plática á Garcilaso con Virgilio, á Fr. Luis de Leon con Horacio; en tanto que nuestro San Juan de la Cruz reproduce con su divino plectro los dulcísimos cantares de Salomon. ¡Cuán grato es descubrir el laboratorio que Dios fabricara en el seno de la tierra! ¡cuán grato contemplar la lámpara del sol colgada en el alto cielo! ¿Qué es el hombre? Un pellizco de polvo que arroja el viento. ¿Qué es el hombre con la ciencia? Un instrumento admirable del poder de Dios. Un puñado de salitre, azufre y carbon en la celda de un pobre franciscano trasforma la faz de las naciones; el iman puesto sobre un eje descubre un nuevo mundo; una chapa de metal y un pedazo de carbon de piedra bañados en agua acidulada trasmiten el pensamiento por un alambre atravesando los an-

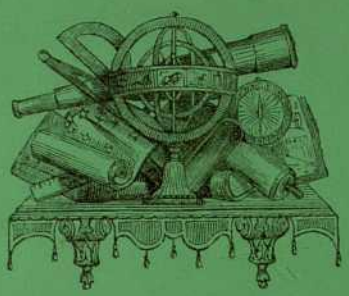
chos mares con la velocidad del rayo ; el vapor con su gigántico poder aproxima los pueblos y rompe las antiguas y hostiles vallas que los tenia separados ; los caminos bañados antes con la luz del sol tienen hoy por techumbre los montes y los rios.

Busquemos , pues , la hermosura de las ciencias que amó Salomon desde su juventud , aquellas que son el fulgor de la luz del Omnipotente , espejo de su poder é imágen de su bondad : aquellas que alimentadas en el regazo de Dios, nos hacen venerar sus arcanos y descubren los caminos del sol , la fuerza de los vientos , la ira de las fieras , las virtudes de las plantas y el pensamiento de los hombres ; aquellas que enseñando la sobriedad , la prudencia y la justicia sujetan las naciones sin el ausilio de las armas ; aquellas que no conquistan sus laureles entre los carros de la guerra y los lamentos de la humanidad ; aquellas que no cantan himnos sino en los templos de la paz , no queman incienso sino en las aras de la concordia. Esparcen flores en las sendas que pisaron los hombres pios y benéficos : no distinguen pueblos ni naciones , y solo ven hermanos que se cobijan debajo de un mismo cielo. Uniendo de este modo su voz á la voz de la religion santa , condenan la tiranía de los castillos almenados , donde se forjaron las cadenas de la humilde plebe ; maldicen los mercados , en que cual acémila se vende el pobre negro , y se mancilla la pureza y el candor de la hermosa é inocente circasiana. Ved , pues , como las ciencias tienden á la unidad y á la perfeccion apetecida, precediendo á los pueblos en el camino que les señalara el dedo inmaculado del Señor. Un solo Dios , un solo padre,

una patria, iguales deberes, una misma recompensa, un asiento y una corona en la morada de los justos. Esta igualdad, que no es herencia del individuo, sino patrimonio de la comunidad entera, esta igualdad mal comprendida en nuestros dias se nos concede y conserva bajo la égida del evangelio. No es invencion de la filosofía moderna que nació en Alemania el siglo pasado: antes que ella y conforme con los libros santos, la habia consignado ya en sus bellas páginas el génio inmortal de Bosuet.

He llegado, Señores, al término de mi discurso: falta el epílogo. Vosotros lo formareis, si trasladándoos con el pensamiento al sagrado Vaticano, fijais la atencion en sus preciosos techos. Contemplad un hermoso cuadro de un célebre pintor, en el cual se representa la religion santa servida y obsequiada por todas las ciencias. Este ha sido, Señores, mi único pensamiento.

Permitidme ahora que me dirija á nuestros alumnos. Florida y estudiosa juventud, esperanza de la patria, en este hermoso y privilegiado suelo, jardin amenísimo de la España, deleitoso por su temple, rico en producciones, ilustrado por hombres eminentes en letras, ciencias y armas: en esta ciudad donde los rayos del sol de oriente esparcen el fuego del génio y la luz de la inspiracion; en este recinto, bajo estas bóvedas, obra del sabio P. Tosca, ante estas imágenes venerandas de nuestros mayores os circunda la gloria de Vicente Ferrer. Vedle al través de una hermosa y blanca nube exhortándoos al santo temor de Dios que es

el orígen de las ciencias. Dirigid una respetuosa mirada á estas paredes que aun conservan el eco de los Salas, de los Mayans, de los Borrulls, de los Garelys, de los Piqueres, de los Llombarts, de los Miqueles, de los Mases, de los Ortolás, de los Hurtados, de los Gomez, de los Galianas, de los Corachanes, y de otros mil, cuya grata y respetuosa memoria conservan los nobles hijos del plácido y fértil Turia. Seguid su gloriosa carrera. Los hechos de los pasados son aviso á los presentes. Por asperezas se sube de la inmortalidad al alto asiento. Fijadlo en vuestra mente, y sereis dignos émulos de nuestros mayores, y herederos de sus glorias.—He dicho.

UNIVERSITAT DE VALÈNCIA BIBLIOTECA HISTÒRICA